

# *Don Carlos: traición y libertad*

Por  
**MARTA KOVACSICS M.**

Ponencia 2

Rast bei der Heuernte, um 1835, Öl auf Leinwand, 72,5 x 102 cm, ehem. Dresden, Staatl. Kunstsammlungen, 1945 Veschollen.



Friedrich Schiller

### **Marta Kovacsics**

Nació en Hungría y se educó en Austria. Estudió Historia del Arte y Germanística en la Universidad de Viena. Se especializó en Arte en Klimt, Schiele y Kokoschka y, por otro lado, en Literatura Austriaca de finales del siglo XIX (Schnitzler, Musil, Roth), así como también en Literatura Comparada. Es traductora especializada en filosofía y literatura. Se han publicado sus traducciones de *La metamorfosis* y otros cuentos de Kafka, *El anticristo* de Nietzsche y *Tonio Kröger* de Thomas Mann. En la actualidad trabaja en la Ópera de Colombia como traductora y coordinadora musical de Escena. Finalmente, es colaboradora de la revista *Pie de página*, para la cual escribe artículos y reseñas literarias.

“¡Veintitrés años y aún no he hecho nada para la inmortalidad!” exclama Don Carlos, y un par de semanas después está muerto. La inmortalidad le llega en forma de fracaso. Con él, muere también su amigo, su único amigo, el Marqués de Posa. La figura del héroe no es aplicable para ninguno de los dos. Por esta misma razón, se teje la telaraña, difícil de desenredar, entre los conceptos de libertad y traición. ¿Hasta qué punto están tan íntimamente ligadas? ¿Se puede llevar a cabo la una, sin tener que necesariamente utilizar la otra? ¿Se necesita de la libertad para poder traicionar, o se necesita de la traición para poder ser libre?

Friedrich Schiller también contaba con 23 años cuando, en el año de 1782, comienza a escribir *Don Carlos*. En mayo de ese mismo año, el Duque von Dahlberg le muestra a Schiller un cuento escrito entre los años 1669 y 1689 por el Abbé St. Real. Schiller se ocupa de aquel tema que logra envolverlo, pero del cual claramente quiere hacer un drama shakesperiano. Inicialmente, lo concibe como un texto narrativo, pero que poco a poco transforma en obra teatral, con una métrica específica. Finalmente, en el año 1787, se estrena la obra en Hamburgo.

La cercanía y el compromiso de Schiller frente a la libertad estaban fuertemente influidos por todo el estremecimiento que causó la Revolución francesa, y que se vivía en Europa en ese momento. Friedrich Schiller se entrega en cuerpo y alma a este tema y, auxiliado por su juventud e ímpetu, logra una obra maestra precisamente porque no la vuelve una historia entre buenos y malos, entre héroes y antihéroes, sino porque muestra cómo el ser humano siempre está expuesto a lo imprevisible (a lo cual tiene derecho), que es, a su vez, donde se encuentra el éxito o el fracaso. Schiller pone a caminar a sus protagonistas sobre el ineludible filo entre la libertad y la traición. ¿Pero cómo se manifiesta este malabarismo? Habría que ir primero a un simple recuento de la historia:

El Marqués de Posa vuelve después de una larga ausencia a España, y visita a su amigo Don Carlos, príncipe heredero e hijo del rey Felipe II de España. Su amistad profunda y sincera se remonta a sus años de infancia y juventud. En esa época, se juraron eterna amistad y luchar por la libertad. Posa vuelve de los Países Bajos, impregnado por los pensamientos de libertad y justicia, pero sobre todo por lo que se podría determinar como la virtud republicana. Él se siente escogido para librar esta batalla y busca precisamente a su amigo Carlos, porque lo cree fácil de convencer. Ve en él la salvación de Flandes. Pero en el fondo se equivoca: Carlos no está en capacidad de hacerlo. Él está viviendo su propia pérdida de identidad, su propia desolación personal. Don Carlos ama a su madrastra, Elizabeth, quien inicialmente era su prometida, pero quien, por razones políticas, se casa con su padre el rey Felipe. Posa trata con fuertes argumentos de convencer a Don Carlos de invertir todo su dolor en la justa causa de esa lucha por la

libertad de Flandes. Carlos, efectivamente, se enfrenta a su padre, a quien teme, y no es capaz de sostenerle sus argumentos para ser nombrado Regente de los Países Bajos. A su vez, Elizabeth, quien también le teme al rey, lo insta a luchar por esa añorada España. Por su parte, la princesa Eboli, quien está enamorada de Don Carlos y es, a la vez, amante del rey, le pone una cita para entregarle una supuesta carta de la reina. En la cita, Don Carlos se da cuenta del engaño y la rechaza. La princesa desdeñada recurre al principal enemigo de Posa y de Don Carlos para intrigar contra él. Conjuntamente, alimentan las dudas del rey frente a la fidelidad de su esposa. El rey sabe que su hijo ama a la reina y, en un momento de profunda humanidad, se siente por todos abandonado. En su absoluta soledad llama al Marqués de Posa para oírlo. Este se confronta con él. Su sinceridad y su lucha por los ideales enternecen al rey, quien lo hace su confidente, a pesar de las profundas diferencias ideológicas. Posa utiliza su nueva posición de poder para lograr sus fines: intriga, traiciona y no será transparente con Don Carlos. El rey se entera de esta “traición”, porque Posa, a pesar de no esconder lo que piensa, lo utiliza para sus fines. Felipe, profundamente decepcionado y auspiciado por Alba y el padre Domingo, digno representante de la Inquisición, lo manda matar. Carlos al enterarse de la muerte de su amigo trata de realizar el sueño imposible de la libertad, pero sin convencimiento y profundamente cansado sólo logra que su padre se entere de sus propósitos y lo entregue al Gran Inquisidor.

Lo que inicialmente se vería como el drama de un conflicto padre-hijo, es mucho más que eso. De lo que se trata es precisamente de la dualidad existente entre el poder y lo que éste permite hacer en nombre de la libertad. En este drama Schiller utilizará entonces, para demostrar lo vulnerable que es la línea entre la libertad y la tiranía, un esquema muy shakesperiano: el mostrar, a través de caracterizaciones específicas, las distintas posibilidades:

- La personalidad de virtud fuerte
- La personalidad maligna y muy fuerte
- La personalidad llena de bondades, pero débil.

Los distintos conflictos y confrontaciones entre estas personalidades definen todo el desarrollo de la trama. Pero lo más evidente es que todos son, a su manera, perdedores que no saben distinguir el concepto real de la libertad. Esto es lo que los lleva irremediabilmente al fracaso. El hilo conductor no es la libertad sino la traición. Todos, sin excepción, caen en ella, unos más que otros, llevados por el supuesto argumento de la libertad.

La princesa Eboli traiciona a su reina y a Don Carlos. Aquí la traición es llevada por sentimientos de venganza (Don Carlos la rechaza) y por sentimientos de

poder (de pronto podría volverse la esposa del rey), en los que ella ve una posible liberación de su situación ambigua ante el rey. En cuanto al padre Domingo y al Duque de Alba, la traición es más bien una constante en aras de una libertad, resultante del acceso hacia el poder. El Marqués de Posa traiciona al rey y, en el fondo, también a Don Carlos, al no revelarle claramente sus propósitos en cuanto a su actuación frente al rey. En este caso, la traición se mueve en ese frágil límite de lo “comprensible”, porque, de una manera u otra, el argumento para usarla es la libertad. El rey traiciona a su esposa y también la amistad que tanto anhelaba con el Marqués de Posa, debido a que, a pesar de saber y conocer sus pensamientos, no es capaz de entenderlo y menos perdonarlo. Finalmente, ¿a quién traiciona Don Carlos?: a sí mismo. No logra asimilar la libertad como una realidad vivida. Teniendo en cuenta las tres personalidades antes mencionadas, es evidente que la tercera, es decir, la llena de bondades pero débil, es la de Don Carlos. El no logra ir más allá de lo deseado, no lo vive, no lo experimenta. No lucha por su amor ni por la liberación de Flandes, ni siquiera por la amistad de Posa. Esencialmente no vive ninguna de estas experiencias, realidad ésta que no lo hace acreedor de la libertad. Posa, el de las virtudes y el fuerte, naufraga cuando no es capaz de entender la libertad como consecuencia de lo imprevisible. Este hecho lo debilita y no le permite reaccionar frente a su propia experiencia. Posa no sabe cómo tratar la libertad política. Y sólo la halla al final, en su castigo, porque en él se encuentra también la libertad y, con ella, la dignidad, como dice Hegel al determinar que el castigo es un cumplimiento para el delincuente. Por último, el rey, aquél de la personalidad maligna y muy fuerte, no tiene acceso hacia lo imprevisible porque es cruel. La crueldad no lleva nunca a la libertad vivida. Sin embargo, también lo vemos sensible en su único momento honesto, cuando se siente infinitamente solo, cuando realiza que existen otros personajes, otros seres que no necesariamente deben seguir su misma ideología para que sea posible quererlos.

Para Schiller la libertad es una realidad vivida y, además, una exigencia, una norma. Tanto en su obra anterior *Die Räuber* (*Los bandidos*) como en las posteriores, como *Wallenstein*, él la postula. Habla de la realidad vivida, de sus vivencias y sus paradojas. Lo ambiguo en el sentimiento humano es el reto para Schiller. El escoge figuras que son tan libres, que amparan ambas posibilidades; aquél que es tirano y aquél que los libera de la tiranía. Schiller entiende que los caracteres definidos no existen en la realidad, son pura ficción. Es aquí donde Schiller teje su hilo conductor, y que hace de *Don Carlos* una obra maestra, porque lo imprevisible de la libre acción se vuelve un tema complejo, en el que la libertad y la traición estarán siempre entre ese peligroso margen del abismo. No hay una determinación suficiente para determinar con facilidad hacia donde se lanza el personaje: hacia la aventura de la libertad o de la traición. El misterio

de la libertad se encuentra precisamente ahí, en ese vacío, en ese espacio de la cadena de las determinaciones suficientes. Dicho de otra manera, no se trata de cómo actuar sino cuál es la acción que se quiere; no se trata de lo que se debe querer, sino de lo que se quiere querer. Pero sólo se puede llegar a esta decisión después de haber actuado. Schiller es muy atrevido (en el mejor sentido de la palabra) y preciso porque destruye lo tradicional, según lo cual, la acción sólo se puede llevar a cabo después del autorreconocimiento. Según Schiller, sólo después del uso de su propia libertad es que se conoce a sí mismo el hombre. Siguiendo este pensamiento, Schiller muestra que la libertad es aquello que hace al hombre imprevisible, tanto para sí mismo como para los demás. Y finalmente, que la traición hace perder lo imprevisible y, por lo tanto, la libertad.

## Bibliografía

Alt, Peter-André.

(2000) *Schiller. Leben - Werk - Zeit*. 2 Bände. München: Verlag C.H.Beck.

Assheuer, Thomas.

(2005) "Die Gewalt der Freiheit". En: Artículo del 04.01.2005, Periódico *Die Zeit*. Hamburgo: Feuilleton.

Damm, Sigrid.

(2004) *Das Leben des Friedrich Schiller*. Frankfurt: Insel.

Meusburger, Arnd.

(1985) *Die bürgerlichen Ideale des 18. Jahrhunderts in Schillers Dramen 1780-1804*. Dissertation, Universität Innsbruck.

Pilling, Claudia.

(2002) *Friedrich Schiller*. Reinbek: Rowohlt.

Schiller, Friedrich.

(1968) *Don Carlos, Dramatisches Gedicht*. Stuttgart: Reclam.

(1979) *Eine Dokumentation in Bildern* (Schiller-Nationalmuseum, Marbach). Frankfurt am Main: Lizenzausgabe Insel.

(1802) *Gedanken über den Gebrauch des Gemeinen und des Niedrigen in der Kunst* (IV. Theile der Sammlung der prosaische Schriften der Verfassers). Leipzig: Cursius-Verlag.

(2000) *Über die ästhetische Erziehung des Menschen*. Stuttgart: Reclam. Sternelle, Kart.

(1998) *Don Carlos, Infant von Spanien*. (Hamburger Lesehefte Nr. 80). Hamburg: Hamburger Lesehefte-Verlag.